

RUIZ-BERDEJO BEATO, A. (2022). *La Hermandad de la Vera Cruz de Sevilla en el siglo XVII. Aspectos sociales y económicos a través del análisis de sus libros de hermanos*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 228 pp. ISBN: 978-84-7798-479-5.

Es lugar común en las obras históricas sobre cofradías y hermandades españolas subrayar que la bibliografía al respecto ha dado pasos cruciales en las últimas tres décadas, que el tema de la piedad popular en su dimensión histórica ha cobrado carta de naturaleza historiográfica superando una protohistoria cargada de anecdotismo insustancial y de erudición acrítica, convirtiéndose además en un género de moda. Si está de moda es porque hay una demanda social de estos productos, aunque a veces los receptores no sepan bien qué tipo de obras llegan a sus manos. Porque en la ingente producción sobre esta temática, que aún es de predominio local, lo relevante sigue unido a lo accidental. Y en ese caso, más allá de los intereses de cofradías particulares, organismos culturales y promociones editoriales, el mundo universitario debe volcar todo su potencial de investigación en obras rigurosas, innovadoras, reflexivas y altamente interpretativas. Grandes maestros, como Domínguez Ortiz, marcaron para esta temática el camino de lo social y abandonar esa senda es a mi juicio retroceder.

Por eso conviene insistir en las aportaciones de nuevos valores que arrojan luz a esta realidad histórica, tan viva en el pasado como en el presente, y en consecuencia necesitada de análisis profundos,

argumentados y explicativos. La obra de Alberto Ruiz-Berdejo reúne todas esas características. Y bebe en una escuela consolidada que tiene como referente el Centro de Estudios e Investigación de la Religiosidad Andaluza (CEIRA), con una presencia universitaria bien asentada, como lo muestran dos maestros muy reconocidos: en el origen del grupo José Sánchez Herrero y en la actualidad Silvia María Pérez González. Ambos profesores prologan esta obra.

Protagonistas de esta monografía son sin duda los cofrades de la Vera Cruz hispalense, que emergen de sus páginas, gracias a los libros de asiento de hermanos, con arrojan valiosos datos prosopográficos. Con ello logra el autor bosquejar un perfil social y una procedencia (por parroquias, por localidades, por regiones) que traduce la magnitud del fenómeno cofrade en plena etapa barroca. *Rara avis* es la conservación de libros de este tipo —en medio de la generalizada dispersión de la documentación cofrade— y más todavía el estudio de los mismos, senda poco transitada y menos aún en el marco de la larga duración. La Vera Cruz sevillana es un laboratorio de pruebas de primer orden, por la antigüedad de la corporación, por su raigambre social, por la confluencia de cientos de hermanos de la más diversa procedencia social, geográfica, laboral. La panorámica de conjunto que nos ofrecen los datos tratados de forma estadística es una radiografía de la sociedad sevillana.

Está claro que en este ámbito de la investigación, como en la mayoría, las futuras andaduras vendrán de la mano

del hallazgo y análisis de documentación novedosa y relevante, abordada con una apropiada metodología. A esto dedica el primer capítulo de la obra, que se completa con un estado de la cuestión sobre el surgimiento del fenómeno cofrade en su dimensión penitencial, con el impulso tridentino como punto de inflexión. El apartado «La madurez del fenómeno cofrade» incide a su vez en la evolución de la Semana Santa sevillana hasta el convulso siglo XVII.

Ciertamente la contextualización es uno de los puntos fuertes de este estudio, y se completa con un detallado perfil de la cofradía de la Vera Cruz en este periodo. Una cofradía muy destacada por motivos diversos y, como queda claro, la práctica de la caridad es uno de ellos; singulares son las visitas y ayudas a enfermos que se han detectado a través de los libros de hermanos o el montante tan abultado para la dotación de doncellas.

A partir del capítulo 7 desarrolla Albero Ruiz-Berdejo su aportación más original, comenzando con una estadística general del ingreso de hermanos en la Vera Cruz e insistiendo en cómo se invirtió claramente la proporción inicial de dos disciplinantes por cada hermano de luz, de forma que aquellos que se flagelaban solo representan una cuarta parte del total en el siglo XVII, adscribiéndose sociológicamente a grupos medios y bajos de la sociedad. Y curiosamente, pionera en la autodisciplina, la información de la Vera Cruz sevillana corrobora lo que ya sospechábamos para la España barroca: el retroceso de los

disciplinantes, cuya prevalencia cede ante los hermanos de luz. Y es que el realce de las imágenes, impresionantes tallas de los artífices del Barroco —sevillanos en este caso—, y las mayores dimensiones de los pasos acabaron restando protagonismo al sacrificio de sangre de los hermanos para focalizarlo en los misterios de la Pasión, en una eclosión artística que va a convertir en protagonistas destacados a los hermanos que se ubican más cerca de los pasos y a quienes los portan.

Afortunadamente los libros de ingreso de hermanos ofrecen nombres y parroquias de residencia o de origen, en muchos casos también la información sobre el oficio o profesión del ingresante. Son 3.613 los nombres registrados en el periodo 1601-1701; los vacíos en el asiento de hermanos de algunos años se han podido suplir con otras fuentes complementarias. Información de oro para establecer el perfil socio-económico de los cofrades, que consta aproximadamente para la mitad de los hermanos asentados en los libros. A ello se dedica el extenso capítulo 8, ordenando a los cofrades según los sectores productivos (8 % del primario, 44 % del terciario y 48 % del secundario), sin olvidar un apartado específico para el clero. El predominio urbano es evidente y dentro del sector terciario destacan los hermanos pertenecientes al ramo textil, mientras que agentes económicos (mercaderes, tratantes) y profesiones liberales sobresalen en el sector terciario. Aunque en esencia son las cofradías asociaciones de laicos no faltó en ellas el elemento clerical, y en este caso en notable número (86 casos), tanto secular como sobre todo

regular, y este con un abanico variado de órdenes religiosas. No cabe duda que las manifestaciones penitenciales de las cofradías atraían a todos los sectores sociales y el clero, llamado a la dirección pastoral de las mismas, constituye a su vez una fuente de hermanos nada despreciable, expresión de esa sintonía entre clero y fieles en torno a la piedad popular que alcanzó su cenit en la etapa barroca.

El paso siguiente que da el autor es recorrer la geografía socio-laboral de una ciudad sobresaliente entre todas las de nuestro país; perfila entonces la naturaleza socio-económica de las 27 collaciones hispalenses, pues de Sevilla proceden el 87 % de los hermanos. De esta forma, la parte (hermanos de la Vera Cruz) permite atisbar el todo (sociedad sevillana en su conjunto), que incluye también foráneos, procedentes de Galicia o del País Vasco —bien conocida es la presencia de colonias de comerciantes vascos en el sur peninsular— e incluso del extranjero. Dicho de otra forma, una cofradía popular, horizontal, como era ésta, es fiel reflejo de la sociedad de la que emana, de manera que una devoción común agrupa a personas de diversa procedencia. Nada más gráfico que imaginar el discurrir de hermanos revestidos de blanca túnica al atardecer del Jueves Santo dirigiéndose al convento de San Francisco, como huellas de peregrino que se proyectan en los cuatro puntos cardinales de la urbe para confluir en el mismo corazón de la ciudad, allí donde la penitencia se hace disciplina pública. Instituciones a medias con Dios y con

el hombre, como resumió la naturaleza de las cofradías T. A. Mantecón.

Por supuesto, el texto escrito se acompaña convenientemente de tablas estadísticas, diagramas y planos de la ciudad que ilustran muy bien esa capacidad de atracción que tuvo para los sevillanos la cofradía de la Vera Cruz.

En consecuencia, es Sevilla, al hilo de los hermanos de la Vera Cruz, la que emerge en este libro, cuya publicación afronta la Diputación Provincial de Sevilla. Por tanto, se trata de una aportación notable de historia local —que no localista—, que abre veredas para llegar más allá. De este modo, la lectura atenta de sus páginas nos aporta interrogantes y reflexiones diversas que confluyen en el alcance real de estas corporaciones de laicos de naturaleza religiosa y sólida proyección social. Como indica el autor, las cofradías prestan una oportunidad inmejorable como herramientas de estudio de la sociedad.

Atisbamos, en fin, unos resultados bien aceptados por el público especializado, pero atractivos también para el gran público en una temática que podemos considerar de moda. Y es que, pese a las dificultades del siglo XVII, las procesiones de Semana Santa estaban de moda —reforzadas incluso con las gracias espirituales que se ofrecían al cofrade— y esto hacía crecer su nómina de hermanos. Apreciamos asimismo la horizontalidad reinante en cofradías como ésta de la Vera Cruz, donde acudía hermanos —también hermanas, pero no se ha conservado los libros donde se asentaban— de la más

diversa procedencia social y adscripción laboral. Aunque tuvieran su propia jerarquización interna —por lo demás, fruto de un proceso electivo—, las cofradías se convirtieron en entes interclasistas. Y, llegados a este punto y en permanente defensa de su autonomía de acción y de gestión, devinieron en un fenómeno generalizado que logró su encaje, no sin roces, en el seno de una sociedad basada en el privilegio y la distinción. Resta por saber qué móviles llevaron a cada uno a militar en el seno de la cofradía de la Vera Cruz. Pero es evidente que gozaba de un aquilatado prestigio y se reconocía su antigüedad en la introducción de la práctica procesional de la disciplina de sangre. De hecho, en los procesos de reducción de cofradías de finales del quinientos y primer tercio del seiscientos, la Vera Cruz hispalense fue siempre respetada por las autoridades municipales y eclesiásticas.

Pero como ocurre en todo proceso de investigación histórica, nunca las fuentes revelan todo lo que el historiador desea saber. Y este es otro de los méritos del trabajo de Ruiz-Berdejo, que ya había anticipado otros análisis sobre la identidad de los cofrades sevillanos: revitalizar unas fuentes, más difíciles de encontrar y por lo general infravaloradas, como son los libros de asientos de hermanos. Los estudios sobre cofradías adolecen por lo general de enfoques

excesivamente institucionales, en gran medida porque los libros de reglas constituyen una fuente estrella y, en consecuencia, ha primado la visión corporativa más que el análisis de la composición humana de las cofradías, un aspecto que se considera fundamental en el estado actual de la investigación, como se refleja a la perfección en esta monografía. En las reglas está el diseño ideal, no la realidad cabal de la vida de la hermandad. Los libros de hermanos como los aquí estudiados, en cambio, nos permiten tomar el pulso diario de las corporaciones nazarrenas. Saber su grado de implantación, constatar su interna variedad, vislumbrar el poder de atracción que tenían, perfilar la relevancia social que derivaba de su militancia en ellas. Y estos aspectos van más allá de la mera curiosidad, para propiciar el análisis social de unas micro-instituciones que fueron esenciales en la dinámica del encuadramiento de los laicos (del estado llano, en suma) bajo el Antiguo Régimen,

Se traza en esta obra, por tanto, una senda que merece la pena seguir y ampliar. Una bocanada de aire fresco en los estudios sobre cofradías, todavía cargados en muchos casos de ranciedad, que exigen hoy propuestas innovadoras tan necesarias para el avance del conocimiento.

Miguel L. LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ
Universidad de Granada